

LA CISMA DE INGLATERRA, DE PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

JAVIER PÉREZ-CASTILLA, IES MARQUÉS DE SUANZES, MADRID

Siempre he considerado que los clásicos tienen una gran fuerza interior, una fuerza imperdible. A poco que se les respeta, esa energía aflora en cualquier escenario. Se trata de una fascinante persistencia que los engrandece, más si cabe.

Lo malo es que no siempre se les respeta. El montaje y la versión de *La cisma de Inglaterra* sí está encuadrada en el ámbito del respeto. Todo se combina magníficamente para que el espectador disfrute de una representación que no merece la calidad del texto dramático.

Como bien dice Ignacio García, director del montaje, “*La cisma de Inglaterra* es una obra de juventud de Calderón pero en la que ya residen muchos de sus temas capitales. La determinación del destino propia del *neoestoicismo* frente al libre albedrío que defiende Calderón, la responsabilidad de un monarca ante su pueblo, y la importancia de obrar bien más allá de los intereses individuales son algunos de esos motivos constantes en su obra”.

Tenemos, pues, la mayoría de los elementos calderonianos. Estos son tratados, como dije arriba, respetuosamente. Un bien cuidado vestuario, donde destaca el manto de piel de Enrique VIII, una escenografía precisa y eficaz, sin caer en ma-

nierismos ni en ridículas desnudeces, un trabajo de actores notable...

En el apartado de los actores destacan Sergio Peris-Mencheta, que pone voz y cuerpo al pasional Enrique VIII, y Joaquín Notario, interpretando al maquiavélico cardenal Voleo. De Mencheta baste decir que su sola presencia en escena transmite más que quince parlamentos de otros actores sin su capacidad dramática. A buen seguro que le aguarda una carrera llena de éxitos. El veterano Joaquín Notario ya ha demostrado con creces su buen hacer. Sobre estas mismas tablas del teatro Pavón dejó muestra de su talento dando vida a un impresionante Pedro Crespo, también hijo del talento calderoniano.

Respecto al texto, qué decir. Maravilla el monólogo de Enrique VIII en que se equipara el sueño a la muerte, tema barroco al que don Pedro sacará todo su partido en *La vida es sueño*. Algunas imágenes fascinan en su paradójica expresión: “En mi locura soy ciego y alumbro a oscuras”. Incluso las letrillas tradicionales, como la letrilla *Aprended flores de mí*, adquieren nuevos matices a la luz de esta bien urdida trama.

Teatro con mayúsculas, donde resplandece la grandeza de un clásico no siempre respetado. ■